

## 1. LA GRACIA EXTERNA Y LA GRACIA INTERNA

Se lee en los libros proféticos de Isaías y de Jeremías que en los tiempos mesiánicos *la tierra estará llena del conocimiento de Yahvéh, como las profundidades cubiertas por las aguas del mar* (Is 11, 9b) y que todos los hijos del nuevo Israel *serán enseñados por Dios* (Is 54, 13). *Pondré mi ley en su interior y en sus corazones la escribiré, y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «conoced a Yahvéh», pues todos ellos me conocerán del más pequeño al más grande –oráculo de Yahvéh– cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme* (Jer 31, 33-34). Estas palabras se cumplen ya desde que el Verbo de Dios se hizo carne y *de su plenitud recibimos gracia tras gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo* (Jo 1, 16-17).

Por eso, la capacidad de escuchar la palabra de Dios distingue a los fieles de los que no lo son, *pues todo el que obra mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios* (Jo 3, 20-21). Cuando el escándalo de la sinagoga de Cafarnaum con ocasión de la promesa del Pan de Vida, Jesús, comprobando el desconcierto de algunos allí presentes, explicó: *Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae; y Yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas «serán todos enseñados por Dios». Todo el que escucha al Padre y aprende su enseñanza viene a Mí* (Jo 6, 44-45). Y enseguida, al contemplar la deserción, tal vez definitiva, de muchos que encontraban insoportable su enseñanza, añadió en conclusión: *Por esto os he dicho que nadie puede venir a Mí, si no se lo concede el Padre* (Jo 6, 65).

De donde se sigue la estricta necesidad de la gracia interna sin la cual la predicación exterior sería infructuosa. Pero no sólo eso: se deduce también la necesidad de que quien recibe el mensaje de la predicación sea sinceramente fiel a las mociones de la gracia, porque sin esa sinceridad y fidelidad la predicación más autorizada quedaría estéril por culpa de la dureza del corazón que se cierra a la buena semilla. Así escuchaba Herodes al Bautista (cfr. Mc 6, 20) o el procurador Félix a Pablo (Act 24, 22-27): eran malos oyentes del buen mensaje.

En todo caso es preciso tener ante los ojos que las almas son de Dios y que la palabra externa de la predicación no salva sin la gracia interna de modo que nadie puede vanagloriarse de los frutos de santificación que ve surgir bajo la acción de su esfuerzo apostólico: *En cuanto a vosotros, la Unción que de El habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero, como la Unción os enseña acerca de todas las cosas –y es verdadera y no mentirosa–, según os enseñó permaneced en El* (1Jó 2,27). El director espiritual no es dueño de las almas que le abren su corazón para escuchar la voz del Buen Pastor. Ni la madurez espiritual que van logrando es fruto de su acierto y experiencia. Todo es don de Dios. Él es quien da el *velle* y el *perficere*.

Ya se comprende que la gracia interior y la acción del Espíritu de Dios que obra en el corazón del hombre no autoriza a nadie a comportarse con arrogancia o a despreciar el mensaje de Dios que llega exteriormente a través del ministerio eclesial o de la ayuda fraterna de personas espirituales: *El que a vosotros oye a Mí me oye, el que a vosotros desprecia a Mí me desprecia y el que me desprecia a Mí desprecia al que me envió* (Lc 10,16). Es decir, que el diálogo de la predicación –y entendemos aquí «predicación» en sentido ampliamente comprensivo, es decir, el mensaje evangélico cuando se hace presente mediante la gracia exterior– encierra una dinámica divina de profundidad insondable y enfrenta al hombre con su propia responsabilidad eterna. Por eso dice S. Juan: *Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error* (1Jó 4, 6).

## 2. LA TAREA DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL

La dirección espiritual –llamada también en nuestros días «acompañamiento espiritual», para subrayar la supremacía de la acción de Dios en el alma y el delicado respeto que la interioridad del hombre y la grandeza de su destino eterno merecen– es un medio de santificación

que tiene sabor evangélico. Basta recordar las conversaciones de Jesús con Nicodemo o con la Samaritana para encontrar un paradigma de encuentro personal en el que se transmiten contenidos sobrenaturales en referencia a la responsabilidad insuplantable de los interlocutores del Maestro. Son conversaciones en presencia de Dios –que subyuga al que escucha respetando por entero su responsabilidad y elevando su libertad con la ampliación de sus horizontes–; se desarrollan con una pedagogía que partiendo de la vida concreta y tal cual es, asciende hacia esferas de sabiduría y de amor y de entrega alegre y apostólica; en esa escuela se dice la verdad, se exige sinceridad, se reclama una conversión de la mente, del corazón, de la vida, se da doctrina sólida; no se pierde el tiempo, se da lugar a la reflexión, se forman convicciones profundas, se descubre a Dios con admirable sencillez. Hay –en fin– unos frutos de perseverancia que se traducen en actitudes concretas llenas de valentía y de audacia.

A lo largo de los siglos la historia de la dirección espiritual es amplia y muy fecunda. No es éste el momento de adentrarse en ella. El *Catecismo de la Iglesia Católica* se refiere a este medio tradicional poniéndolo sobre todo en relación con la oración: «El Espíritu Santo –dice– da a ciertos fieles dones de sabiduría, de fe y de discernimiento dirigidos a este bien común que es la oración (dirección espiritual). Aquellos y aquellas que han sido dotados de tales dones son verdaderos servidores de la tradición viva de la oración: Por eso, el alma que quiere avanzar en la perfección, según el consejo de San Juan de la Cruz, debe «considerar bien entre qué manos se pone porque tal sea el maestro, tal será el discípulo; tal sea el padre, tal será el hijo». Y añade: «No sólo el director debe ser sabio y prudente, sino también experimentado... Si el guía espiritual no tiene experiencia de la vida espiritual, es incapaz de conducir por ella a las almas que Dios en todo caso llama, e incluso no las comprenderá» (Llama, estrofa 3)<sup>1</sup>.

Se debe entender que la oración auténtica no es aquella actividad desencarnada que se aplica al conocimiento teórico de las verdades espirituales o que se encamina a un refinado placer estético o sentimental que satisface el egoísmo y se resuelve en una descomprometida posesión de sabiduría empachosa. Porque «acaece que muchos, aunque a menudo oigan el Evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el espíritu de Cristo. Conviéneles que procuren conformar con él toda su vida. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por

1. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.690.

donde desagradadas a la Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen santos ni justos; mas la vida virtuosa hace al hombre amable a Dios. Más deseo sentir la contrición que saber definirla. Si supieses toda la Biblia a la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?»<sup>2</sup>. Es decir, que la dirección espiritual se encamina a hacer del que se dirige un hombre contemplativo, lo cual implica la vida entera iluminada por la luz de Dios.

La dirección espiritual es una expresión de «communio»: el fiel cristiano deseoso de identificarse con Cristo cumpliendo la voluntad de Dios abre su alma a un hermano en la fe para comprobar primeramente que no está caminando en vano, sino que su pensamiento y su conducta se ajustan a la norma eclesial. El magisterio público de la Iglesia constituye en sí mismo un criterio; no obstante, las almas suelen necesitar una comprobación personal que las garantice frente al riesgo del subjetivismo y de las propias pasiones, de las tentaciones del diablo y del mundo, de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida. «Conviene que conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior. – Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento nos conduzca a puerto seguro» (Camino, 59). «Director. –Lo necesitas. –Para entregarte, para darte... obedeciendo. –Y Director que conozca tu apostolado, que sepa lo que Dios quiere: así secundará, con eficacia, la labor del Espíritu Santo en tu alma, sin sacarte de tu sitio..., llenándote de paz, y enseñándote el modo de que tu trabajo sea fecundo» (Camino, 62).

### 3. CLASES DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL

La dirección espiritual, cuyo principal y único protagonista –si vale hablar así– es el Espíritu Santo, se hace presente en medios diversos. **En la esfera ministerial**, cuando los Sagrados Pastores curan el bien de las almas que les han sido confiadas mediante enseñanzas, exhortaciones, indicaciones concretas que los fieles asimilan con espíritu de oración y de obediencia. Así San Pablo evocaba, al despedirse de los presbíteros de Efeso, tantos momentos dedicados a esta tarea: *Vosotros sabéis bien cómo me conduje con vosotros todo el tiempo desde que llegué a Asia, sirviendo al*

2. T. DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Lib. I, cap I.

*Señor con toda humildad, con lágrimas...; cómo no omití nada de cuanto os fuera de provecho, predicándoos y enseñándoos en público y en privado... (...) Velad, pues, acordándoos de que por tres años, noche y día, no dejé de exhortaros a cada uno con lágrimas... (Act 20, 17-35).*

Puede hablarse por tanto de un ejercicio colectivo de dirección espiritual y de un ejercicio personal y privado. Dirección espiritual colectiva la imparte el Papa para toda la Iglesia, y también –cada uno en su ámbito de jurisdicción y de mandato– los obispos, los sacerdotes y, en general, los que participan en cualquier modo y grado del oficio del Buen Pastor. En tal sentido el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* recuerda que «por amplia y difícil que sea la porción del Pueblo de Dios, que le ha sido confiada, el Obispo debe prestar una atención del todo particular en lo que se refiere a la formación permanente de los presbíteros. – Existe, en efecto, una relación especial entre éstos y el Obispo, debido al «hecho de que los presbíteros reciben a través de él su sacerdocio y comparten con él la solicitud pastoral por el Pueblo de Dios». Eso determina también que el Obispo tenga responsabilidades específicas en el campo de la formación sacerdotal. – Tales responsabilidades se expresan tanto en relación con cada uno de los presbíteros –para quienes la formación debe ser lo más personalizada posible–, como en relación con el conjunto de todos los que forman el presbiterio diocesano»<sup>3</sup>. En la esfera ministerial tiene especialísimo relieve el sacramento de la Penitencia o, también, la conversación con el sacerdote. En ambos casos – sobre todo en la Penitencia– la comunión con la Iglesia se restablece –o se vigoriza y purifica– y se reciben nuevas fuerzas para mantener el ritmo sobrenatural y disponerse a reanudar el camino con fidelidad más delicada.

Puede darse además un ejercicio de dirección espiritual «stricto sensu» **que no se sitúa en la esfera del ministerio propiamente dicho**. Se enclava más bien en el ámbito de la confianza basada en la fraternidad sobrenatural que los hijos de Dios tienen entre sí y en la fe en el Espíritu Santo que reparte sus dones «prout vult». Esta dirección espiritual se ejercita cuando se abre el alma en la charla con un hermano, que –por tener la misma vocación y el mismo espíritu– nos ayuda con el don de consejo, con la prudente corrección fraterna, o con la explicación de aspectos espirituales que conciernen a la vida de oración, a la guarda de las virtudes cristianas o incluso al discernimiento de los espíritus que actúan sobre nosotros. Así se ha practicado tradicionalmente en la Igle-

3. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 89.

sia de suerte que ha habido verdaderos maestros de espíritu que ni eran presbíteros ni tenían vocación para serlo. De este modo, sin ir más lejos, han ayudado siempre las madres a sus hijos, o algunos hermanos mayores a sus hermanos más jóvenes, o sencillamente amigos bien formados, doctos y experimentados a otros hermanos suyos que acudían a ellos en busca de consejo. Debe cuidarse en todo caso la prudencia de buscar a una persona docta y con recta intención que busque tan sólo el bien del alma que abre su intimidad: de otro modo esas amistades espirituales podrían ser infructuosas o incluso convertirse en un despeñadero. En nada interesa tanto el acierto como en los asuntos del camino interior. Importa por eso mucho dar con la persona adecuada. «No basta solicitar un parecer; hemos de dirigirnos a quien pueda darnoslo desinteresado y recto (...). En nuestra vida encontramos compañeros ponderados, que son objetivos, que no se apasionan inclinando la balanza hacia el lado que les conviene. De esas personas, casi instintivamente, nos fiamos; porque, sin presunción y sin ruidos de alharacas, proceden siempre bien, con rectitud»<sup>4</sup>. En el Opus Dei, por ejemplo, reciben la charla de dirección espiritual tan sólo aquellos que han recibido este encargo de los directores: ellos únicamente son capaces de actualizar –mientras reciben la confidencia– la presencia del Buen Pastor. Todos tienen libertad para dirigirse a cualquier sacerdote y abrirle su alma en búsqueda de consejo.

No es prudente, sin embargo, andar buscando con frecuencia una multiplicidad de opiniones que pueden desconcertar al alma y además revelarían una disposición caprichosa o soberbia como la de aquellos enfermos que buscan no un médico que los cure, sino uno que les diga las cosas que ellos desean oír. Santa Catalina de Siena advierte: «Os ruego una cosa: que no andéis con muchos consejos, sino tomad un guía que os asesore con sencillez, y seguidle. Andar con muchos es peligroso. No es que un consejo basado en la caridad no sea bueno, pero como los siervos de Dios son diferentes en los modos, aunque estén llenos del afecto de la caridad, así enseñan de modo diferente. Si con todos intentáis estar de acuerdo, cuando queráis daros cuenta, comprobaréis que no estáis con ninguno. Por eso es mejor que se tome como base uno que procure ser perfecto (sabio) en lo que enseñe, aunque le agrade la doctrina de todos»<sup>5</sup>.

4. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Virtudes humanas* en ID., *Amigos de Dios*, 86 y 88.

5. SANTA CATALINA DE SIENA, *Carta 82*, en J. SALVADOR Y CONDE, O.P., *Epistolario de Santa Catalina de Siena. Espíritu y doctrina*, Salamanca 1982, 436.

#### 4. LA CHARLA DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL

En la charla de dirección espiritual se ha de abrir el alma por completo con visión sobrenatural. No sólo han de manifestarse los defectos, vicios y pecados –sin dejarse llevar de vergüenzas tontas– sino también las virtudes y dones de Dios, los vencimientos y la lucha que se mantiene; todo lo cual ha de ser relatado sin complacencia y sin orgullo espiritual sino con humildad y sencillez, con conciencia de la propia indignidad. El dirigido ha de ser **breve** –sin explicaciones innecesarias–; **sencillo y sincero** –para exponer objetivamente las cosas y favorecer de este modo el juicio sereno y el consejo oportuno del que escucha–; **humilde** –sin excusas, sin ponderaciones, sin adulación, sin discusiones ni explicaciones que no vienen al caso cuando se trata de atraer la luz de Dios que resiste a los soberbios–; **ha de tener visión sobrenatural**: se busca identificarse con el espíritu de Cristo despojándose cada vez más del «hombre viejo» que se manifiesta en los apegos, en las visiones humanas, en el espíritu de protagonismo o de cobardía o de comodidad, en las interpretaciones subjetivas que separan de la exigencia propia de un hombre de Dios. Así la disposición fundamental es la del hombre **obediente y dócil** que no pone pegas a la acción de Dios y que se determina a no perdonar medio alguno para cumplir la Voluntad de Dios.

Conviene hablar siempre de la fe, de la pureza y del camino. De las tentaciones y obstáculos. De cómo se cumple el plan de vida espiritual, sobre todo la oración –detallando sobre la materia, modo y atención cuidadosa que se pone en ella, sobre las luces y reproches divinos, sobre la posible sequedad o, tal vez, sobre la tibieza o la pereza o el descuido durante ella–; sobre la guarda del corazón y de los sentidos a lo largo de la jornada –si se dicen jaculatorias, si se excita el fervor mediante actos de desagravio, comuniones espirituales, acciones de gracias, mortificaciones, etc.–, si se mantiene la presencia de Dios a través del trabajo de modo que la vida sea de verdad contemplativa: de otro modo la oración se irá vaciando de contenido y de intensidad progresivamente hasta llegar a la tibieza. Ha de hablarse también sobre la lectura espiritual y los exámenes de conciencia –tanto sobre el examen particular como sobre el examen general–. Deben recorrerse en la charla las virtudes cristianas, trabajo –trabajo profesional, estudio, rectitud de intención, eficacia–, pobreza, vida de familia, cumplimiento de los encargos materiales para servir a los demás, apostolado y proselitismo, encargos apostólicos, alma sacerdotal, sacrificio y penitencia, obediencia al Obispo –si se trata de sacerdotes– y a las autoridades que le representan; y todo ello con hon-

dura y sinceridad. Por último debe declararse el estado general del alma con sus alegrías, tristezas y preocupaciones.

Y luego escuchar, anotar los consejos que se han recibido y llevarlos a la oración personal para cumplirlos docilmente. No vaya a ocurrir como a aquel que se miraba en el espejo y luego en lugar de corregir los defectos de su cara se olvidaba y caminaba por el mundo sin rubor alguno.

#### BIBLIOGRAFÍA

SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, caps. 23 y 24; F. SUÁREZ, La amistad, en ID., *El sacerdote y su ministerio*, cuarta edición, Madrid 1983, pp.279-290; Benedikt BAUR, *La confesión frecuente*, Barcelona 1974; R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La dirección espiritual*, en ID., *Las tres edades de la vida interior*, Ed. Palabra, Madrid 1975, Tomo I, Primera Parte, cap. XVII, pp. 295-303.